

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN DOGMÁTICA
DEI VERBUM
SOBRE LA DIVINA REVELACIÓN

CUADERNO 3



CUADERNO 3
LA TRADICIÓN
(DV 7-10)

RINO FISICHELLA

I. EL VALOR DE LA TRADICIÓN

1. **La tradición como memoria viva**

La tradición es uno de los temas más importantes para entender el presente. Sin tradición no existiría la historia, no se podría comprender el momento que vivimos ni el futuro. Desgraciadamente, a menudo se confunde tradición con tradicionalismo y, en una cultura que tiene a dramatizar las partes contrarias, a hablar de conservadores y progresistas, derecha e izquierda, demócratas y republicanos... se tiende a deslegitimar al adversario, acusándolo de estar atado a la tradición en contraposición con las ideas aperturistas. No hay nada más peligroso que debatir sobre la tradición, porque esta no es en absoluto una elección conservadora, sino lo opuesto, un incentivo al verdadero progreso y desarrollo.

Vienen a mi mente con su carga de provocación las sabias palabras del filósofo:

La tradición es la fe viva de los muertos, el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos. Y supongo que tendría que añadir que el tradicionalismo confiere así a la tradición una mala reputación (J. PELIKAN, *The Vindication of Tradition*, New Haven 1984, 65).

Es realmente así. Quien habla de tradición es etiquetado rápidamente como tradicionalista y ¡deja de existir! Demasiado

instrumental e ingenua la identificación para no pensar que quienes la hacen tienen una visión miope producida a menudo por la ignorancia. La tradición es condición de vida sin la cual no se da futuro. En la época de internet, todo esto resulta todavía más evidente. La cultura de lo inmediato, del «ahora mismo» está fagocitando a gran velocidad las categorías tradicionales del espacio y el tiempo para adentrarse en un contexto carente de referencias. La composición de un texto, solo por dar un ejemplo: sale nítido y pulido de la impresora después de haber dado a un simple botón. El desarrollo del pensamiento del autor durante la escritura, las correcciones aportadas y lo que podría comportar la comprobación de la dinámica impresa en el texto, todo está totalmente superado y anulado. Quienes estaban acostumbrados a remontar página a página para ver el progreso realizado por un autor, han de ceder el paso a otras formas de interpretación más rebuscadas que aún están por descubrir. Esto no quita que, también en la era de la inteligencia artificial y de una tecnología cada día más sofisticada, que conserva establemente cada cosa en la memoria de un ordenador, se pueda con mayor convicción rebatir la exigencia de una *memoria viva* que se haga partícipe de una transmisión dinámica del patrimonio del pasado.

En un contexto cultural cada vez más carente del sentido de la historia como maestra de vida, a la propia religión le resulta por lo menos inusual volver a proponer el valor normativo de la tradición. Y, sin embargo, precisamente en semejante marco surge todavía más la exigencia de una criteriología que habilite a conservar lo que merece la pena y a transmitir con mayor convicción lo que se ha recibido. Sería mortal ceder a las voces de sirena que se hacen oír con fuerza en una cultura tecnicista cada vez más imperante en el estilo de vida de las jóvenes generaciones. Se tendrá que explicar cómo es posible que un hombre cada vez más fascinado y sometido por la extensión de las diversas formas tecnológicas que lo llevan increíblemente a conectarse de forma inmediata de una parte a otra del planeta, se sienta sin embargo cada vez más solo, incapaz de verdaderas relaciones interpersonales y con nostalgia de tiempos y tradiciones de las que quizá solo ha oído hablar a sus abuelos. A esto hay que añadir el gran tema de la *memoria* que vive almacenada en un disco duro o en

una nube cada vez más evolucionada, capaz de recoger millones de datos que se utilizan a su debido momento. Es fácil imaginar lo que chirría esta dimensión con el concepto de *memoria viva*. En un disco todo es conservado de manera estática, sin ninguna forma de discernimiento y menos aún de creatividad, mientras que la *memoria viva* de la comunidad presagia dinamismo y es creadora de transmisión. En un contexto similar, mientras todo gira en torno a lo nuevo y lo creativo, proyectado hacia el futuro y bajo el dominio no contrastado del progreso, resulta contradictorio hablar de la fuerza normativa de la tradición. Sin embargo, nunca será rebatido con la debida convicción que una vez que se excluye el sentido profundo de la historia, la vida personal y social se aplanan en las formas ingenuas de repetitividad que vemos en esta era de la globalización. Es paradójico, pero real. La búsqueda de novedad comporta inevitablemente descubrir todo lo que se ha dado en el pasado.

Ser herederos de un patrimonio como es la tradición no tiene nada que ver con un reenvío a fórmulas perdidas, lenguajes esotéricos o ruinas esparcidas aquí y allá en la maraña de construcciones modernas. Saberse heredero del pasado implica la conciencia de una relación que crea continuidad con la historia precedente porque se ve débil, necesitado, pobre e impotente. Aquí está probablemente en juego de lleno la responsabilidad creativa que encuentra fundamento en el pasado, pero con la obligación de crear en el presente sin ceder a la nostalgia, sino más bien impregnados de esperanza. Permanecer relegados exclusivamente al pasado sería una jaula insostenible para quien es proyectado al *éschaton*. Por otra parte, transmitir no es un mero acto aburrido y nostálgico, sino un movimiento dinámico que mira al regreso de Cristo como propulsor de perenne novedad: «Mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43,18).

Es propio del hombre transmitir los contenidos que forman parte de su historia. Transmitir es un acto típico de la cultura con la que se tiende a conservar los elementos que la caracterizan: la búsqueda, la reflexión, las expresiones materiales y espirituales más importantes. Todo concurre a formar un bagaje de experiencias que crean identidad y pertenencia y se expresan con distin-

tos lenguajes. A un hombre que vive en una constante tensión entre la propia finitud y el sentido de trascendencia, la tradición permite mantener viva esta aspiración y expresarla como fenómeno universal. Transmitir el contenido básico de la identidad de un pueblo significa calificar cada vez más el sentido de pertenencia a una misma cultura y, al mismo tiempo, hacerlo partícipe de un movimiento que va más allá de los propios confines para compartir un proceso más amplio y universal.

En este desarrollo entra con fuerza la necesidad de la tradición. Los pueblos se comunican entre ellos y la historia de cada uno se le da a conocer al otro creando una forma de complementariedad. El «lenguaje» es un instrumento esencial en este proceso en su acepción más amplia porque permite la comunicación y la transmisión de contenidos que crean una tradición. Con ella, cada uno se forma a sí mismo y forma su propia personalidad, se autocomprende inserto en una genealogía que lo ha preparado y que sigue condicionándolo, pero sobre todo descubre ser creador de nueva cultura y primer transmisor ante sus coetáneos. En resumen, sin tradición no se da ninguna posibilidad de comprenderse a sí mismos ni de comprender la historia. Con razón podía escribir Yves Congar:

Un ambiente existe solo gracias a los hombres y entre los hombres. La tradición como ambiente en el que recibimos el cristianismo y somos formados según sus principios, solo existe cuando es llevada por los que, habiéndola recibido, la viven y transmiten a los demás para que a su vez ellos la vivan... ¿Hemos pensado alguna vez lo que seríamos si fuéramos reducidos a contar solo con nosotros mismos? Seríamos una humanidad bien pobre que se consumiría en asegurarse las bases más elementales de subsistencia sin poder emprender nada grande [...]. ¡Nuestra fe sería muy pobre e incierta si nos encontráramos solos ante el texto bíblico! Y ¿quién lo habría dado, de dónde lo habríamos recibido, cómo lo habríamos encontrado? ¡Qué pobre sería, qué incierta sería nuestra comunión con Dios en Jesucristo si tuviéramos que construirla solos, a partir de nosotros solos sin ninguna iniciación materna, sin comunidad cristiana, sin Iglesia ni comunión de los santos! (*La Tradizione e la vita della Chiesa*, Cinisello Balsamo 1983, 35-36).

De estas consideraciones se deduce que la tradición indica distintas experiencias humanas que son necesarias porque forman un patrimonio que necesita la humanidad para vivir y orientarse.

2. La tradición en la vida de la Iglesia

La Iglesia tiene su propia tradición. En muchos aspectos, se podría decir que todo lo que poseen los cristianos pertenece a la tradición y ha sido transmitido por la tradición. Una transmisión sobre todo oral que ha permitido la formación de los libros sagrados y de muchas otras praxis que en nuestros días siguen siendo signos fundadores de la fe. No se ha de olvidar que Jesucristo es el centro y el corazón palpitante de la fe cristiana, revelador del Padre por medio de quien recibimos al Espíritu Santo. El misterio de Dios Trinidad, amor misericordioso que invade la historia para llamarla a la comunión de vida con él, será siempre, hasta el final de los tiempos, la profesión de fe de los cristianos. Uno de los elementos fundamentales de los que vive la fe es su transmisión, que marca la historia cristiana de generación en generación. Esta transmisión se apoya en la confesión de fe inicial con la fórmula esencial: «Jesús es el Señor» (1 Cor 12,3); a lo largo de los siglos ha ido incrementándose hasta llegar a las grandes profesiones de fe que conocemos desde Nicea y Constantinopla hasta la de Pablo VI. Esta evolución ha sido posible gracias a la tradición que ha sabido mantener juntos y transmitir contenidos que en el tiempo se convertían en patrimonio de la fe de toda la Iglesia.

El Concilio ecuménico Vaticano II encaró con gran valentía el tema de la tradición en el segundo capítulo de la constitución *Dei Verbum*. Los padres conciliares supieron concentrar en pocos números un verdadero patrimonio de sabiduría, provocando con algunas novedades que hasta aquel momento estaban aún ocultas o sujetas a invectiva teológica entre los especialistas del ramo. Un gran impulso para recuperar la riqueza de este capítulo habría venido también por parte de Juan Pablo II en los decenios siguientes, cuando escribía en *Fides et ratio*:

Es muy significativo que, en el contexto actual, algunos filósofos sean promotores del descubrimiento del papel determinante de la tradición para una forma correcta de conocimiento. En efecto, la referencia a la tradición no es un mero recuerdo del pasado, sino que más bien constituye el reconocimiento de un patrimonio cultural de toda la humanidad. Es más, se podría decir que nosotros pertenecemos a la tradición y no podemos disponer de ella como queramos. Precisamente el tener las raíces en la tradición es lo que nos permite hoy poder expresar un pensamiento original, nuevo y proyectado hacia el futuro. Esta misma referencia es válida también sobre todo para la teología. No solo porque tiene la tradición viva de la Iglesia como fuente originaria, sino también porque, gracias a esto, debe ser capaz de recuperar tanto la profunda tradición teológica que ha marcado las épocas anteriores, como la perenne tradición de aquella filosofía que ha sabido superar por su verdadera sabiduría los límites del espacio y del tiempo (FR 85).

La intuición profunda de la *Dei Verbum* estriba en la unicidad de la fuente de la revelación que se encuentra en la Palabra de Dios. Como se puede estudiar en este documento, no existen dos fuentes por las que los cristianos conocen su fe, la Sagrada Escritura y la tradición, sino que surgen de una sola: la Palabra de Dios. Es importante retomar las enseñanzas de la *Dei Verbum* para verificar la visión viva y eficaz de la tradición. Los padres conciliares describieron sobre todo el hecho de la tradición como iniciativa de Dios quien, por un acto de bondad, quiso que todas las generaciones después de Jesucristo conocieran su Evangelio. Por este motivo, Jesús ordenó a sus doce apóstoles que die-ran a conocer a todos la verdad sobre la revelación, dándoles la responsabilidad de transmitirla. Estos obedecieron fielmente al mandato del Señor y, con la «predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo» (DV 7).

Por lo tanto, la tradición comporta en primer lugar la transmisión de la revelación que encuentra su cumplimiento en la persona de Jesús de Nazaret. Esta es la voluntad de Dios que, a través de esta viva transmisión, sigue actuando por el misterio

de la encarnación del Hijo de Dios y está presente en cada acción de la Iglesia. La Iglesia sigue dando la salvación a los hombres, evangelizando y haciendo eficaz su anuncio con la vida de los sacramentos, del mismo modo que Jesús realizaba la salvación revelando el amor del Padre. Transmitiendo el Evangelio de Cristo, la Iglesia hace evidente que su revelación permanece y continúa en el mundo como verdadero instrumento de salvación. Bien es cierto que la Iglesia no añade nada a lo que los apóstoles transmitieron: su obra de transmisión fiel comporta una inteligencia siempre nueva y fecunda del único misterio revelado. Por lo que se puede afirmar que para la *Dei Verbum*, la tradición trae consigo la predicación apostólica de la Palabra de Dios y la comunicación de los bienes divinos que hacen que el anuncio sea eficaz. Estos dos momentos son inseparables entre ellos y convierten la tradición en un aspecto fundamental para la vida de la Iglesia.

En esta fase, los apóstoles se convierten en los primeros ministros de la Palabra de Dios, la sirven reconociéndole una primacía sobre todo, incluso sobre el servicio a los pobres, como se lee en el libro de los Hechos de los Apóstoles: «Los Doce, convocando a la asamblea de los discípulos, dijeron: “No nos parece bien descuidar la Palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas. Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la Palabra”» (Hch 6,2-4). La obra de los apóstoles fue recoger las múltiples formas que habían caracterizado su convivencia con Jesús, es decir: las palabras, el comportamiento, las miradas, el ejemplo e incluso el silencio del Señor. No se limitaron a repetir las enseñanzas que ellos habían experimentado personalmente del Maestro. La obediencia al mandato del Señor se extendía también a dar respuesta a las distintas necesidades de la Iglesia que tomaban forma en las diferentes comunidades. Guiados por la oración y el consejo del Espíritu Santo fijaron también normas, ritos e instrumentos que, conforme a la voluntad de Jesucristo, permitían a la Iglesia anunciar fielmente su Evangelio y dar de él un testimonio coherente con su estilo de vida. Todo esto es la revelación que llega hasta nuestros días.

Después de algunos años, esta Palabra de Dios encontró también su forma escrita para que fuera para los creyentes el fundamento y la columna de la fe.

II. TRANSMITIR LA VERDAD DE FORMA VIVA

Para comprender totalmente el sentido de la tradición, pueden ser de ayuda dos textos que han inspirado mucho su correcta comprensión y su valor para la unidad de la Iglesia.

1. San Ireneo: la tradición de la verdad

El primero pertenece al obispo de Lyon, san Ireneo (ca. 130-202), nacido en Esmirna donde, desde joven, fue discípulo de Policarpo, el sucesor de san Juan. Es fácil entrever en su pensamiento la preocupación por la unidad del contenido de la fe, mientras se hacía evidente la tensión por la catolicidad de la Iglesia. Su referencia a la Iglesia de Roma, fundada por los apóstoles Pedro y Pablo, constituye la base para describir la verdadera tradición en oposición a la doctrina gnóstica. Para él, la predicación del kerigma y la fe recibida por los apóstoles sigue siendo transmitida por sus sucesores y discípulos; la Iglesia no hace otra cosa que transmitir fielmente todo lo que ha recibido porque todo esto constituye la «tradición de la verdad». Un pasaje clave permite de captar aún mejor su pensamiento:

La Iglesia, extendida por el orbe del universo hasta los confines de la tierra, recibió de los apóstoles y de sus discípulos la fe en un solo Dios y en un solo Jesucristo Hijo de Dios, encarnado por nuestra salvación, y en el Espíritu Santo. La Iglesia recibió esta predicación y esta fe, y, extendida por toda la tierra, la custodia con cuidado como si habitara en una sola casa. Conserva una misma fe, como si tuviese una sola alma y un solo corazón y la predica, enseña y transmite con una misma voz, como si no tuviese sino una sola boca. Ciertamente son diversas las lenguas, según las diversas regiones, pero la fuerza de

la tradición es una y la misma. Las iglesias de la Germania no creen de manera diversa ni transmiten otra doctrina diferente de la que predicaban las de Hispania o las de los celtas, o las del Oriente, como las de Egipto o Libia, así como tampoco de las iglesias constituidas en el centro del mundo; sino que, así como el sol, que es una criatura de Dios, es uno y el mismo en todo el mundo, así también la luz, que es la predicación de la verdad, brilla en todas partes e ilumina a todos los seres humanos que quieren venir al conocimiento de la verdad (IRENEO DE LYON, *Adversus haereses* I, 9-10).

Como se deduce del texto, la unidad de la fe no está en peligro por ser profesada y vivida de forma diferente en la pluralidad de las culturas. Para Ireneo, la tradición ya está cristalizada en las Sagradas Escrituras, aunque no solo en ellas; estos textos necesitan también ser interpretados y la certeza de los cristianos de estar en la verdad proviene de la tradición de los apóstoles que constituye la fuente y el contexto más coherente para expresar la plenitud de la revelación. Por tanto, para Ireneo la tradición apostólica es la mediación verdadera y real entre Cristo y la Iglesia, es lo que permite la fe de los creyentes y que permanece a lo largo de los siglos como la «regla de la verdad».

Existe un problema de fondo: ¿cómo se puede aprender esta tradición en la actualidad? Se conoce la postura de los hermanos evangélicos que concluyen afirmando que solo se puede referir a la Sagrada Escritura. Según ellos, es ahí donde es posible encontrar todo lo que es necesario saber para la fe. Sin embargo, se ha de rebatir que también esta perspectiva es limitada. No se puede aislar la tradición de los apóstoles de la de las Iglesias que la escucharon y vivieron. Con su predicación expresaron mucho más de lo que pusieron por escrito y esto ha entrado a formar parte del patrimonio de fe de los cristianos. Lo que significa que la tradición apostólica está inserta dentro de una vivencia histórica que se ha desarrollado a lo largo de los siglos. Signo tangible de ello son las enseñanzas de los Padres de la Iglesia, las distintas fuentes litúrgicas que expresan la variedad de ritos, las reflexiones de los maestros y doctores de la Iglesia, la vida de santidad de hombres y mujeres que desde siempre han dado testimonio de su fe... En resumen, la Palabra de Dios es-

crita y transmitida es siempre mucho más grande de lo que pueda contener solo la Escritura o la tradición.

Es un tema que merece ser tratado en el momento en el que se habla de la Palabra de Dios escrita y transmitida porque dentro de las culturas se insertan tanto la hermenéutica de los textos como la transmisión que mantiene viva en las Iglesias esparcidas por el mundo la Palabra de Dios. Sirve para reflejarlo lo que escribía Joseph Ratzinger sobre este tema:

Por su naturaleza, la tradición es siempre interpretación, no existe independientemente, sino como explicitación, interpretación «según las Escrituras» [...]. Es evidente que no es interpretación en el sentido de una interpretación puramente exegética ya que se realiza en la autoridad recibida por el Señor, la cual obra en toda la existencia de la Iglesia, en su fe, su vida y su culto» («Un tentativo circa il problema del concetto di Tradizione», en K. RAHNER – J. RATZINGER, *Rivelazione e Tradizione*, Brescia 1970, 49) [trad. esp.: *Revelación y Tradición*, Barcelona 2012].

Es decir, la tradición comporta la presencia de dos aspectos complementarios: uno de conservación y otro de evolución. Ambos aspectos entran a veces en conflicto en la vida de la Iglesia cuando unos tienden sobre todo a salvaguardar la integridad del «depósito de la fe», mientras otros apelan a la exigencia de llegar a la plenitud de la verdad. La oposición entre ambas facciones no puede hacer justicia a la tradición. Ninguna de las dos ha de sacrificar nada; la *Dei Verbum* enseña que el magisterio está llamado a ejercer su ministerio conservando y evolucionando de manera que el anuncio del Evangelio sea capaz en cualquier tiempo de suscitar la respuesta de fe (cf. DV 10). De todos modos, no se puede olvidar que, en esta obra de «interpretación», el Espíritu Santo tiene un papel fundamental. Es él quien ha inspirado los textos sagrados (2 Tim 3,16; 2 Pe 1,21), pero al mismo tiempo es siempre él el protagonista que conduce a la Iglesia hacia la plena verdad (Jn 14,26; 16,13), sosteniendo el recorrido de quien tiene la responsabilidad de ejercer el discernimiento necesario entre la tradición que viene a nosotros directamente de los apóstoles (1 Cor 11,23) y las tradiciones que la comunidad cristiana fue poniendo. Este hecho marcó en el pasado la vida de

la Iglesia y la suscita aún en nuestros días. De hecho, se trata de comprender cómo llevar a cabo la evangelización de un modo nuevo, aunque con la carga de conquistas y contradicciones que marcan los dos mil años de nuestra historia.

2. San Basilio: la tradición no escrita

El segundo texto al que queremos hacer referencia pertenece a san Basilio (329-379), primero de los padres capadocios y obispo de Cesarea. En su obra *Sobre el Espíritu Santo* expone con profundidad el tema de la tradición, utilizando para describirla el término *ágraphos*, «no escrita». En especial, algunas partes expresan la convicción y la exigencia de mantener viva la tradición para comprender plenamente la Sagrada Escritura y la vida de la Iglesia:

Es la fe la que es atacada y el fin común a todos los adversarios y enemigos de la sana doctrina es el de estremecer el fundamento de la fe en Cristo, suprimiendo la tradición apostólica y destruyéndola totalmente. Para ello, como quieren hacer los deudores dignos de confianza, invocan las pruebas de la Escritura, mientras rechazan como poco fiable el testimonio no escrito de los Padres. Pero nosotros no abandonaremos la verdad ni por temor traicionaremos nuestra alianza con ella [...]. Entre las doctrinas y proclamaciones custodiadas en la Iglesia, unas las derivamos de la enseñanza escrita, otras las hemos recibido de la tradición apostólica transmitida a nosotros de forma secreta. Pero ambas tienen el mismo valor para la piedad. Esto no lo podrá negar nadie que tenga una experiencia de las instituciones eclesíásticas, aunque sea modesta. Si de hecho intentáramos descartar las costumbres no escritas que no tienen gran incidencia, dañaríamos sin saberlo el Evangelio en sus partes esenciales: reduciríamos incluso la proclamación a un nombre vacío. Por ejemplo —por mencionar la primera costumbre difundidísima— ¿quién nos ha enseñado por escrito a marcar con el signo de la cruz a quienes esperan en el nombre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué Escritura nos ha enseñado a dirigirnos hacia el oriente durante la oración? Las palabras de la epiclesis, en el momento de la consagración del pan de la eucaristía y del cáliz de la bendición, ¿quién es el santo que nos

las ha dejado por escrito? De hecho, no nos contentamos de las palabras que el apóstol o el Evangelio nos han transmitido; nosotros añadimos otras delante y después de ellas que tienen un gran significado para el sacramento y las deducimos de las enseñanzas no escritas. También bendecimos el agua del bautismo y el óleo de la unción y también al propio bautizado. ¿Bajo la autoridad de qué escritos? ¿No es en virtud de la tradición custodiada en el silencio y en el secreto de los iniciados? ¿Qué más decir? La misma consagración del óleo, ¿qué texto escrito nos la ha enseñado? ¿De dónde procede la triple inmersión bautismal? Y todos los demás ritos relacionados con el bautismo, la renuncia a Satanás y a sus ángeles, ¿de qué Escritura proviene? ¿No es acaso de esta enseñanza privada y secreta que nuestros padres custodiaron en un silencio libre de inquietud y curiosidad porque sabían que en el silencio se salva la sacralidad del misterio? [...]. Por eso miramos todos hacia Oriente mientras rezamos, pero pocos saben que buscamos la antigua patria, el paraíso que Dios plantó en Edén, en Oriente. Rezamos de pie el primer día después del sábado, pero no todos sabemos por qué. No es solamente porque, resucitados con Cristo y buscando las cosas de arriba, recordamos, cuando estamos de pie en oración, el día dedicado a la resurrección, la gracia que nos ha sido dada, sino porque ese día parece ser de alguna manera la imagen de la futura eternidad [...]. Por tanto, la Iglesia educa necesariamente a sus pequeños a realizar de pie las oraciones en ese día para que en el recuerdo continuo de la vida sin fin no nos olvidemos de hacer provisiones para ese viaje. [...] Un día entero no me bastaría para exponer los misterios de la Iglesia no escritos» (*Sobre el Espíritu Santo X*, 25; XXVII, 66-67).

El texto merecería una exégesis coherente para llegar al fondo de las cuestiones planteadas y de la terminología utilizada. No es tarea de estas páginas adentrarse en este campo. Lo que pretendo es solo poner en evidencia que la exigencia de la tradición es considerada esencial, no solo para comprender las Sagradas Escrituras, sino para toda la vida de fe. Un texto como este, con las constantes referencias que Basilio hace a los signos litúrgicos, permite afirmar que para Oriente la liturgia sigue siendo el lugar privilegiado donde encontrar la tradición y la genuina transmisión de la fe. De hecho, Basilio hace de la liturgia el espacio vital para entender a fondo la realidad y el valor de la tradición preci-

samente en el fundamento de la Sagrada Escritura. El «evangelio anterior a los evangelios» no es más que la vida de la primera comunidad que experimentó en sí misma las enseñanzas recibidas de Jesús junto con la iluminación del Espíritu de Pentecostés que hizo entender a los apóstoles el profundo sentido de todo lo que el Maestro había revelado. Para celebrar la eucaristía, la comunidad no esperó a que el relato de la cena pascual estuviera puesto por escrito. Hacer memoria de todo lo que Jesús había hecho y les había mandado hacer es lo que ha permitido realizar el gran misterio de la fe. Los pocos versículos en los que Pablo y los evangelistas hablan de la última cena no agotan la riqueza de la celebración que realizó la primera comunidad y que generó a lo largo de los siglos la profunda diversidad de la acción litúrgica.

Estos dos textos antiguos manifiestan lo actuales que pueden ser las palabras de la *Dei Verbum* cuando certifica la realidad de la tradición como Palabra viva de Dios para la vida de la comunidad cristiana. En síntesis, muestran que la tradición consiste en la conservación dinámica de la doctrina, la vida y la liturgia de la Iglesia que es transmitida desde los tiempos de los apóstoles de generación en generación. La tradición no se ha de considerar pues como un complejo de doctrinas que los apóstoles comunicaron de modo secreto y de forma no escrita. Al contrario, esta expresa la «regla de la fe» enseñada de forma pública y conservada para que la «voz viva del Evangelio» (DV 8) no deje nunca de resonar en el corazón de las personas.

III. EL DINAMISMO DE LA TRADICIÓN

1. Una tradición viva

Con la muerte del último apóstol se cerraba el testimonio directo de quienes habían «comido y bebido» con el Señor. Su predicación era justamente considerada como la expresión más auténtica de la revelación de Jesucristo. La Sagrada Escritura adquiría en este momento un valor de referencia decisivo porque todo lo que se había puesto por escrito poseía un carácter inspi-

rado e inviolable. La *Dei Verbum* aporta su doctrina al respecto cuando escribe:

Así pues, la predicación apostólica, que de modo especial se expresa en los libros inspirados, debía conservarse por continua sucesión hasta la consumación de los tiempos. Por ello, los apóstoles, al transmitir lo que ellos mismos han recibido, advierten a los fieles del deber de conservar las tradiciones que hayan aprendido, ya de palabra, ya por carta (cf. 2 Tes 2,15), y de combatir por la fe transmitida a ellos de una vez para siempre (cf. Jds 3). En efecto, lo que transmitieron los apóstoles abarca todo lo que contribuye para que el pueblo de Dios lleve una vida santa y crezca en su fe; y así la Iglesia, en su doctrina, vida y culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree. Esta tradición que procede de los apóstoles progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo: pues crece la percepción tanto de las cosas como de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón (cf. Lc 2,19.51), ya por la íntima inteligencia que experimentan de las cosas espirituales, ya por la proclamación de quienes, con la sucesión en el episcopado, han recibido el carisma cierto de la verdad. Así, la Iglesia, con el correr de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se consumen las palabras de Dios. Los dichos de los santos Padres testifican la presencia vivificadora de esta tradición, cuyas riquezas se transfunden en la praxis y la vida de la Iglesia creyente y orante. Por esta tradición, se da a conocer a la Iglesia el canon íntegro de los libros sagrados, y en ella las mismas sagradas letras se entienden más profundamente y se hacen constantemente eficaces. Y así Dios, que antaño habló, conversa sin interrupción con la Esposa de su Hijo amado; y el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo, conduce a los creyentes a toda la verdad y hace que la palabra de Cristo habite abundantemente en ellos (cf. Col 3,16) (DV 8).

El texto exige una explicación porque la riqueza de significado de los contenidos es tal que puede llevar a confusión. A los dos elementos que hasta ahora han sido los puntos de referencia (la Sagrada Escritura y la Tradición), se añade ahora un tercer elemento fundamental: el magisterio de la Iglesia, es decir,

los obispos como sucesores de los apóstoles. Con su predicación y acción, los pastores de la Iglesia tienen la responsabilidad de mantener vivas las enseñanzas de los apóstoles y de sus sucesores, conscientes de que junto a todos los creyentes tienen la responsabilidad de conservar intacta la tradición. La tarea del magisterio es por tanto garantizar la integridad de la transmisión de la tradición y ofrecer una enseñanza a los creyentes que sea fiel y actual. La tarea propia que deben desarrollar los obispos para expresar de la mejor manera su servicio a la Palabra de Dios se concreta por tanto en permitir que esta palabra se conserve viva, respondiendo a las exigencias de los cristianos en todos los momentos de la historia. En la medida en que los obispos escuchan y transmiten la Palabra de Dios, que encuentra eco en la fe del pueblo que la mantiene viva, desempeñan el servicio auténtico de maestros de la fe. Por tanto, su ministerio consiste en enseñar siempre y solo lo que ellos mismos acogen y conservan como todos los bautizados, conscientes sin embargo de la responsabilidad que poseen en relación con los fieles para que reciban de ellos la verdadera y genuina Palabra de Dios.

El ejemplo de Pablo certifica lo fundamental que es la transmisión que conserva íntegra la tradición. En su «testamento», el apóstol escribe:

«Vosotros habéis comprobado cómo he procedido con vosotros todo el tiempo que he estado aquí, desde el primer día en que puse el pie en Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en medio de las pruebas que me sobrevinieron por las maquinaciones de los judíos; cómo no he omitido por miedo nada de cuanto os pudiera aprovechar, predicando y enseñando en público y en privado, dando solemne testimonio tanto a judíos como a griegos, para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús. [...] Pero a mí no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el ministerio que recibí del Señor Jesús: ser testigo del Evangelio de la gracia de Dios. Y ahora, mirad: sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino, volverá a ver mi rostro. Por eso testifico en el día de hoy que estoy limpio de la sangre de todos: pues no tuve miedo de anunciaros enteramente el plan de Dios. Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la

Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo. Yo sé que, cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces, que no tendrán piedad del rebaño. Incluso de entre vosotros mismos surgirán algunos que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí. Por eso, estad alerta: acordaos de que durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular. Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construeros y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados». Cuando terminó de hablar, se puso de rodillas y oró con todos ellos (Hch 20,17-38).

Se nota inmediatamente que el apóstol no habla de lo que él ha transmitido —como ha hecho por ejemplo en otros dos casos al hablar de la eucaristía (1 Cor 11,23-25) y la resurrección del Señor— sino de cómo se ha «comportado» como apóstol y maestro de la fe con la misión de transmitir el Evangelio recibido. Todos los verbos que usa indican una acción concreta, un estado de ánimo, una decisión de vida y un compromiso que se ha aceptado: «cómo he procedido», «sirviendo», «no he omitido», «predicar», «enseñar», «completar», «ser testigo», «testificar», «encomendar», «orar»... La primera impresión que se extrae es la del apóstol que en el momento en el que está *transmitiendo, entrega su vida y a sí mismo*. El acto de transmitir es por tanto un acto mediante el cual uno *se entrega*. No se ofrece principalmente un contenido; se entrega a sí mismo y todo lo que se es. Este es el compromiso de la fe que se recoge precisamente en la indisolubilidad de creer como un acto con el cual uno se abandona a la gracia de Dios que actúa en nosotros y mediante el cual se acepta el Evangelio de Jesucristo. No podrá evitar que el acto de la transmisión concebida de este modo traiga consigo una nota de *libertad* que permite verificar la verdad y la certeza de la propia elección. Si se tuviera que perseguir toda la vida una hipótesis, sin llegar nunca a mostrar su fiabilidad, sería difícil poder comprender que se pueda dejar como herencia.

Estas consideraciones deben tener un fundamento que se encuentra en el propio modo con el que Jesús transmitió la revelación. Consiste ante todo en la entrega del Hijo realizada por el Padre, que es todo lo que hace y promulga Jesús «como

fuente de toda la verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres» (DV 7). La primera verdadera transmisión es por tanto el acto con el que el Padre se da a sí mismo en el Hijo. Es una generación que no conoce ocaso porque permanece como la expresión máxima del amor que sabe dar sin pedir nada a cambio. Jesús, en palabras de Juan al inicio de su evangelio, es presentado precisamente como el Verbo que está en el «Padre» y que en el amor es donado a la humanidad. La transmisión entra así en la historia y no es una pura teoría sobre la vida de Dios. Al contrario, se explicita el modo de la entrega: un dar todo lo que Dios posee y es. En una palabra, es el amor que se consume y se ofrece hasta el fin, sin pedir nada a cambio porque nadie podría corresponder plenamente al amor de Dios. El acto de la transmisión y de la entrega del Hijo por parte del Padre es un acto que significa simplemente amor. Aún más impresionante cuando el Hijo es llamado para su entrega suprema. Antes de dar y transmitir algo, se entrega él mismo al Padre en un acto que es puro amor de obediencia a su voluntad. De nuevo, el evangelista Juan recoge de inmediato el alcance de este hecho cuando subraya que, en el momento de su muerte, Jesús «entregó el espíritu» (Jn 19,30). Es decir, lo que se entrega es toda la vida de la Trinidad. Jesús entrega a los creyentes el Espíritu Santo como presencia visible y creadora de un camino que atravesará los tiempos y los mundos para restituir al Padre el pueblo de los redimidos al final de los tiempos. En todas partes se ve que transmitir es un *acto fecundo* que se apoya en la presencia del Espíritu creador. Por otra parte, no podría ser de otro modo; incluso una simple comprobación histórica mostraría que la Iglesia, cuando tiene una coherente comprensión de la fe y cuando la transmite y la explica, siente la exigencia de invocar al *Creator Spiritus* para que visite la mente de los creyentes.

Por lo tanto, toda la Iglesia es sujeto de transmisión en cuanto que es comunidad viva de personas que expresan en su historia todos los recursos necesarios para imprimir a la tradición la vitalidad que lleva en sí misma. Si está *viva* es porque la verdad que contiene en ella se mantiene *viva*, precisamente por individuos que con una obra concreta de interpretación, crecimiento, adaptación e integración desarrollan la verdad del *depósito de la fe*.

2. La tradición no es costumbre

En una presentación sobre el valor y el redescubrimiento de la tradición no puede faltar la referencia a la hermosa expresión de Tertuliano que abre un escenario realmente innovador cuando escribe que Jesús «ha afirmado ser la verdad, no la costumbre» (*De virginibus velandis* I, 1). Con toda probabilidad es precisamente aquí donde se realiza jaque mate a la mentalidad que a menudo ha identificado *tradición* con *costumbre*. Hacerse defensores de la *costumbre* equivale a tener una visión estática de la verdad y, como consecuencia, se llega a comprometer el presente porque se ve sometido pasivamente al pasado. Ser responsables de la *tradición*, lleva al contrario a una dinámica de conversión perenne porque permite descubrir el presente como condición creativa entre el pasado y el futuro en cuanto está abierta a la comprensión de la verdad como don perenne del Espíritu del Resucitado (cf. Jn 16, 13). El presente de la Iglesia, por tanto, asume todo su valor significativo solo si es capaz de transmitir el patrimonio recibido, haciéndolo vivo y capaz de ser confiado al futuro de nuevas generaciones como la herencia prometida.

Es necesaria hacer una última distinción entre la tradición y las tradiciones que se derivan de ella. La primera gran cuestión que se abre implica directamente el mismo hecho de la tradición. Es necesario preguntarse cómo se alcanza el lenguaje original de Jesús que es esencial para su revelación en orden a la salvación. ¿Qué pertenece realmente a la tradición en cuanto Palabra de Dios? Se tendría que tratar este problema antes de modificar algunas expresiones para liberarse de antemano de lo que ha sido transmitido como si fueran tradiciones que ya no parecen estar en sintonía con los tiempos modernos. La Palabra de Dios debe seguir teniendo su impronta original, única e inagotable del sentido que Jesús le imprimió con toda su persona al querer revelar el misterio de la Trinidad y ofrecer la salvación a la humanidad. Este criterio necesita ser encontrado siempre de nuevo y ser conservado y transmitido de forma fiel. En efecto, nadie podría modificar este lenguaje original sin expresar una *hybris* que destruiría el hecho de la revelación en su originalidad y lo convertiría en vano.

Por su parte, las tradiciones explicitan el papel creativo de una comunidad que está inserta en la cultura de su tiempo. Aun siendo un producto limitado a un momento histórico, las tradiciones también pueden contener aspectos positivos, si bien se han de exigir unos criterios capaces de realizar un verdadero discernimiento: cuando estas tradiciones expresan el arraigado sentido religioso presente en el hombre, entonces permiten también manifestar el papel del lenguaje popular religioso. En este sentido, se deberá conjugar este lenguaje con el necesario crecimiento de la fe que no repudia, sino que purifica y ensalza el sentido religioso. El necesario discernimiento entre lo que es *tradición* y lo que son *tradiciones* exige restituir con audacia y coherencia el verdadero contenido de nuestra tradición y lo que es esencial para la vida de la Iglesia y su capacidad de comunicar de forma eficaz y fiel el Evangelio al mundo actual. Confundir o identificar la *tradición* con las *tradiciones* es lo peor que se pueda hacer para servir a la Iglesia en su tarea de transmitir con fidelidad la revelación de Jesucristo. Con este preciso horizonte, es posible comprobar lo largo y fecundo que es todavía el camino que hay que recorrer sobre todo en el contexto actual que pone de manifiesto de forma dramática la interrupción de la transmisión de la fe. Para dar a conocer todo lo que la Iglesia es y cree a las generaciones que vendrán después de nosotros (cf. DV 8), es necesario que crezca la conciencia de ser parte viva de la comunidad cristiana. El sentido de pertenencia a la Iglesia impone crecer en esta responsabilidad y hacernos artífices de una nueva evangelización que sepa llevar, sobre todo a los creyentes, la inmutable frescura de la Palabra de Dios. La convicción de una renovada Pentecostés puede sacar a los bautizados de los estrechos muros en los que se encuentran, para ofrecer con valentía y convicción el anuncio de haber encontrado a Cristo resucitado.

3. **Una piedra miliar**

La Iglesia siempre ha sentido como muy fuerte la tarea de comprender el valor de la tradición, su transmisión y sus características con respecto a las tradiciones. Un punto de referencia decisivo

es claramente el llamado «canon vicentiniano». Se trata de la expresión convertida casi en obligatoria del santo monje Vicente de Lerins († ca. 450), que afirma: «Se debe conservar lo que en cada lugar siempre ha sido creído por todos». Lo que se afirma en pocas palabras es el tema de la universalidad, la antigüedad y el consenso que siguen siendo el criterio válido para la interpretación de la tradición. Es necesario evitar pensar que Vicente ponga estos tres elementos en el mismo plano o que afirme la unicidad de su criterio. Si fuese así, se correría de inmediato el riesgo de una esclerotización de la fe. No es el caso de entrar aquí en ejemplificaciones, pero sí está claro que si el criterio de los tres elementos fuera asumido de manera absoluta, la Iglesia difícilmente habría podido expresar en los últimos siglos nuevos dogmas como el de la Inmaculada Concepción, la infalibilidad del romano pontífice y la Asunción de María. Si esto ha sido posible, además de por la justificación de su fundamento en la Sagrada Escritura y en la tradición vivida en la Iglesia, también lo ha sido porque el «canon vicentiniano» no pretende imponerse como único principio para la interpretación de la tradición. Es obvio, por tanto, que los tres elementos han de ser interpretados por lo que defiende de afirmativo, como Vicente los había concebido, no por lo que podría negar de manera restrictiva. El criterio ha de ser insertado en el conjunto de la obra del monje. Solo así se pueden coger los elementos innovadores que posee su pensamiento para una interpretación más coherente de la tradición, sobre todo si se relee a la luz de la *Dei Verbum* que debe mucho a la intuición de este santo monje.

Su obra, el *Commonitorium*, se presenta como un texto claro, límpido, elegante y preciso, capaz de reproducir la fe de los Padres para amonestar a los lectores para que no se alejen de ella, sintiendo también el deseo de conocer y descubrir siempre mejor la verdad que tiende hacia su cumplimiento. El texto introduce una serie de problemas siempre actuales para la vida de la Iglesia: el valor real del contenido de la tradición, el discernimiento necesario para su autenticidad, el desarrollo del dogma y la persona habilitada a realizarlo e interpretarlo. En varias ocasiones, el monje lleva a considerar el tema de la tradición como un auténtico depósito vivo, en plena evolución y en un progreso perenne que no puede conocer ningún parón ni ninguna alteración de sus contenidos.

La motivación que impulsa a Vicente de Lerins se puede resumir en su pregunta:

Pero quizá dice alguien: entonces, ¿en la Iglesia de Cristo no se dará ningún progreso en la religión? Sí, se dará y será enorme. De hecho, ¿quién será el hombre tan mal dispuesto, tan contrario a Dios, que intente impedirlo? (*Commonitorium*, ed. C. Simonnelli, Milán 2008, 23, 1).

En pocas palabras, se impone la exigencia de no humillar la tradición de la Iglesia ni su fe. No son pocos los intentos de quienes defienden que toda la fe está ya confeccionada en un bonito paquete de regalo para algunas ocasiones particulares. Parece que en algunos momentos asistimos a debates que saben más de arqueología conservadora que de evangelización. La tradición, o sigue siendo un depósito vivo, o está destinada a sufrir su propia descomposición. No hay alternativa a esta visión de la fe que es por naturaleza dinámica y tiende a su plenitud como don del Espíritu. La fe no podrá ser nunca un objeto de museo. El *Commonitorium* se impone comprobar de qué manera la propia tradición necesita ser valorada e interpretada.

San Vicente escribe: «Te ha sido dado oro, restituye oro, no quiero que me des una cosa por otra ni que me estafes; no quiero que me des descaradamente plomo o bronce en lugar de oro; quiero la realidad, no la apariencia de oro» (*Commonitorium*, 22, 5). Es interesante que el santo monje haga referencia a dos metales que, relacionados con el oro, son muy «pesados» y carentes de valor. Habría podido decir plata, pero en cambio habla del plomo y el bronce como si quisiera sugerir que la transmisión no debe hacerse pesada con temas que desgastan el camino de la Iglesia, además de quitarle el gran valor que le ha sido confiado. Una tradición que añadiese contenidos extraños y no coherentes con la fe perdería su valor normativo y se prestaría a lo largo de los siglos a una operación de restauración para nada indiferente. El arte ha enseñado mucho en este sentido. Muy a menudo es posible comprobar, por ejemplo, cómo el proyecto original de una iglesia de estilo románico se ha transformado progresivamente en barroco, violentando así el proyecto inicial. El requerimiento de seguir siendo fieles a lo original exige el deseo de mantener inte-

gra la obra de arte como salió de las manos del arquitecto. Lo mismo ocurre con la doctrina. En este sentido, pueden ser útiles las palabras del papa Francisco en *Evangelii gaudium*, donde escribe:

En su constante discernimiento, la Iglesia también puede llegar a reconocer costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia, que hoy ya no son interpretadas de la misma manera y cuyo mensaje no suele ser percibido adecuadamente. Pueden ser bellas, pero ahora no prestan el mismo servicio en orden a la transmisión del Evangelio. No tengamos miedo de revisarlas. Del mismo modo, hay normas o preceptos eclesiales que pueden haber sido muy eficaces en otras épocas pero que ya no tienen la misma fuerza educativa como cauces de vida (EG 43).

La Iglesia se enfrenta también en la actualidad con algunos conflictos que surgen de la interpretación de los contenidos de su magisterio. Se quiera aceptar o no, el gran evento del Concilio Vaticano II marcó una etapa fundamental para el tercer milenio y estudiar la historia de este medio siglo trae consigo enfrentarse a contenidos expresados por distintas partes que no siempre se presentan de acuerdo con la doctrina original. Un ejemplo de ello es el de Benedicto XVI que, en el comienzo de su pontificado sintió el deber de pronunciar un discurso precisamente sobre la interpretación del Concilio y sobre las lecturas erróneas que se habían hecho (cf. *Discurso a la Curia Romana* [22-12-2005]).

Otro criterio importante definido por Vicente de Lerins es la distinción entre «progreso» y «cambio». La distinción es fundamental porque da a entender el ansia que mueve al santo monje de no querer obstaculizar la acción del Espíritu Santo y le lleva a una comprensión cada vez más profunda, coherente y actual del contenido de la fe. En el *Commonitorium* escribe con perspicacia: «Se puede hablar de progreso cuando se profundiza cada vez más en una cuestión y sigue siendo la misma, mientras que se trata de cambio cuando algo es cambiado en otra cosa. [...]. La ley del progreso [exige que la tradición] se consolide con los años, se haga con el tiempo más profunda, mejore con la edad» (*Commonitorium*, 23, 2.9), sin ceder a ningún cambio que presagie errores y divisiones. Y añade inmediatamente después: «Se debe hablar

de modo nuevo sin decir cosas nuevas» (*dicas nove, non dicas novum, Commonitorium, 22, 7*). La cuestión se hace más delicada porque, a diferencia del pasado, hoy sabemos lo fundamental que es la relación entre el lenguaje y la verdad contenida en él. Resulta muy arduo decir de modo nuevo sin decir nuevos contenidos.

Sin embargo, en este contexto, el santo monje sabe diferenciar entre «distinto» y «nuevo». El hecho es fundamental porque admite la integración de una verdad alcanzada con otras que precisamente se podrán seguir alcanzando en el desarrollo y el progreso dinámicos de la verdad de la fe.

Anunciar a los cristianos católicos algo distinto de lo que han acogido nunca se ha permitido en ningún sitio y nunca será permitido. Y siempre ha sido necesario anatematizar a quienes anuncian algo distinto de lo que se ha acogido por primera vez; es necesario en todas partes y siempre será necesario. Por lo tanto, estando así las cosas, ¿quién será tan audaz como para anunciar algo distinto de lo que ha sido anunciado en la Iglesia? ¿Y quién será tan superficial como para recibir algo distinto de lo que recibe de la Iglesia? (*Commonitorium, 12*).

A la luz de esto se entiende que la verdad de la tradición tienda siempre a su cumplimiento y que no se haya cumplido en sí misma. En resumen, el progreso es reclamado precisamente por la verdad de la fe, por la Sagrada Escritura y por la tradición de la que son su fuente. Así será *verdadero* progreso en la medida en que mantiene un nuevo contenido en coherencia con el fundamento que lo sostiene y, por tanto, con la fe y la revelación: un progreso homogéneo que se desarrolla a lo largo de los siglos manteniendo firme la *paradoja* característica de la tradición entre *inmutabilidad* y *desarrollo*. Es la conclusión a la que llega Vicente de Lerins cuando escribe: «Es necesario por tanto que, con el pasar de las edades y los siglos, crezca y aumente mucho la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de todos y cada uno de los creyentes, de cada hombre y de toda la Iglesia» (*Commonitorium, 24*). Se hacen eco de estas palabras las de la *Dei Verbum*: «Esta tradición [...] progresa, [...] va creciendo, [...] tiene constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios» (DV 8).

CONCLUSIÓN

El gran capítulo de la tradición gira en torno a algunos temas: en qué consiste, como se la interpreta, qué contenidos le pertenecen y en qué condiciones se puede modificar, si se puede modificar. Estos argumentos pertenecen a la vida cotidiana de la Iglesia de nuestros días. La respuesta que el Concilio ofrece no puede estar encerrada de forma simplista en algunas motivaciones que actualmente se oyen para justificar el cambio, pero que aparecen carentes de argumentación. Algunos defienden que es necesario abolir los temas que no están presentes en la Sagrada Escritura; otros aseveran que hay comportamientos que hoy ya no se entienden; otros critican estas posturas porque la Iglesia ha de ir al paso de los tiempos... Pero semejantes expresiones, aun teniendo en sí mismas algo de verdadero, hacen sonreír porque muestran la poca familiaridad que se tiene con la naturaleza de la propia fe, la visión tan limitada que a menudo reduce toda la Iglesia a la Iglesia occidental, la miopía que se esconde en retener que estos tiempos son realmente los mejores. La fe obliga a profundizar, no a pararse en eslóganes o estudios sociológicos.

En la vida de la Iglesia siempre ha estado presente la tentación de expulsar cualquier reflexión y praxis que hayan marcado el pasado considerando que son incapaces de responder a las cuestiones que surgen en el presente. No obstante, se ha de observar que, con una buena dosis de arrogancia, se han echado por tierra tradiciones solo por ser fruto de siglos pasados. Si al menos se tuviera la humildad de entender el significado de algunos signos, entonces se podría comprender el sentido que les había llevado a realizar dichos signos. Probablemente, este proceso favorecería una inteligencia más profunda y les haría ser más cautos a la hora clasificar demasiado rápido todo como «tradiciones pasadas». No nos podemos mover por sueños nostálgicos de restauración, pero tampoco ceder de forma precipitada y privarnos de un sentido histórico necesario que favorece la comprensión de las culturas y los pueblos a la hora de expresarse. Es por lo menos imprudente afirmar que el pasado no tiene nada que enseñar a nuestros improvisados maestros del presente. El tiempo corre, pero la historia permanece. Esta dimensión exige que siempre

haya discípulos dispuestos a escuchar y disponibles para dejarse fascinar por las conquistas producidas por un periodo. La discontinuidad como regla de progreso no tiene raíces profundas y querer seguirla lleva a la esterilidad. La regla de la continuidad, en cambio, hace fecunda la obra del investigador porque lo introduce en un proceso, si bien más arduo, necesario para entrar en el espíritu del tiempo y captar su sentido del movimiento en acto.

Cuando se tratan algunos temas, es ya una referencia recurrente la expresión de «enanos sobre los hombros de gigantes». En nuestro contexto, está bien rebatir de inmediato que es necesario evitar sentirse un gigante cuando en realidad se es un enano. El aforismo tiene su historia y muestra lo profundo, verídico y cargado de enseñanzas que es también para nosotros. En la época de la pedantería, donde todos hablan y murmuran mientras es difícil encontrar a alguien que escuche, parece que emerge la pretensión arrogante de enseñar a los demás lo que hay que hacer incluso más allá e independientemente del propio ámbito de conocimiento. Nadie ha de molestar la quietud, quizá sería mejor hablar de sueño, en el que parece que ha caído la razón. De este modo, se pierde el gusto por interrogar, por sentir asombro y estupor ante algo nuevo que es presentado, aunque pertenezca a siglos pasados. Preguntarse por el porqué de las cosas es una urgencia que da fuerza a la razón en un tiempo en el que, sin pensar, «Siri» da respuesta a todo haciéndonos caer en la comodidad de no pensar en nada. Así, la razón cae en el sopor y hace que cada día sea aún más incapaz de buscar el sentido y significado de lo que le rodea. La conciencia de ser un misterio para nosotros mismos y parte de un misterio mayor que nos envuelve no lleva a aniquilarse, sino a descubrir el sentido de esta pertenencia que fascina si nos encamina por el sendero correcto. No es una conquista evitar las preguntas más importantes que impone la búsqueda del sentido de la vida, sino el colapso de la propia personalidad.

Por otra parte, el descubrimiento de grandes ideales como la justicia, la verdad, el amor... procede de su pertenencia común al sentido de responsabilidad que necesita seguir vivo en unos ánimos que están cada vez más entregados a buscar exclusivamente su propio bienestar. No es la puerta para una nueva cultura,

ni siquiera para una nueva civilización, olvidar que se pertenece a una cultura, a una civilización y a una religión que permite tener estilos de vida consolidados. Si nos avergonzamos de nuestros propios orígenes y todo lo que pertenece al pasado ha de ser considerado como irrelevante, me temo que los próximos años producirán hombres y mujeres capaces solo de relacionarse posesivamente con su teléfono móvil, privados cada vez más de sentimientos verdaderos y determinados únicamente por el efímero deseo momentáneo. Serán autómatas inocuos por su apatía por pensar y hacer preguntas, acostumbrados solo a recibir respuestas confeccionadas por otros en el menor tiempo posible, sin ningún deseo de conocer la verdad. En cambio, considerar que hemos tenido gigantes y que podemos ir sobre sus hombros permitiría tener una visión previsoras y evidentemente más profunda.

Vienen a mi mente las hermosas páginas de Roger Scruton —filósofo que no es católico, pero sí un hombre libre y, por ello, profundo— dando eco al poeta Thomas S. Eliot escribía:

La verdadera originalidad es posible solo si se parte de una tradición; esta, en efecto, es algo vivo y su significado poco a poco puede cambiar que nuevas obras se añadan a ella solo en la medida en que cada escritor es juzgado a partir de lo que había antes de él [...]. Las palabras han empezado a perder su precisión a causa del predominio de la ciencia, la pérdida del credo religioso y la proliferación de términos técnicos. Nuestra manera de hablar en nuestros días no nos hace más capaces de partir de una palabra y de hacer brotar un mundo de ella; al contrario, las palabras hoy en día esconden el mundo ya que no ofrecen respuestas. Solo son muñecas usadas para jugar, designadas a rellenar el silencio, a enmascarar el vacío que ha caído sobre nosotros [...]. La religión es la linfa vital de la cultura. Aporta un repertorio de símbolos, historias y doctrinas que nos hacen capaces de hablar de nuestro destino. A través de los textos sagrados y la liturgia forma el punto de referencia constante al que pueden remitirse el poeta y el crítico, da forma al lenguaje del creyente común y al de los poetas que se encuentran ante las siempre nuevas condiciones de vida, que son consecuencia del conocimiento, y a la vida en un mundo en decadencia. Redescubrir nuestra religión no significa liberarse de las instituciones temporales, no significa negar la historia ni la corrupción para

contemplar la verdad de manera atemporal. Al contrario, significa entrar de forma más profunda en la historia para encontrar así en la mera transitoriedad de las cosas la impronta y el signo de lo que nunca pasa [...]. El intento de redescubrir una tradición de pensamiento, acción, fidelidad histórica que dé sentido y significado a la comunidad [...]. Nuestra tarea es volver a descubrir el mundo que nos ha hecho como somos, vernos a nosotros mismos como parte de algo mayor, cuya supervivencia depende de nosotros mismos y que todavía puede vivir en nosotros (*La tradizione e il sacro*, Milán 2015, 82-96).

Añorar el pasado no sirve si no se es capaz de hacerlo revivir en lo que se crea nuevo. Esta orientación supone que se dé una transición sin ruptura. La continuidad permite superar la protesta y aceptar la innovación. En este contexto, podría entrar con toda su fuerza expresiva la categoría de la «memoria». Una cultura sin memoria iría a la deriva. Es fácil sentir el peligro si se piensa en varias intervenciones ambiguas a las que se ha sometido sobre todo la cultura occidental que tiende a convertir en folclore y en pieza de museo lo que ha constituido la vida de generaciones enteras. La memoria no es un archivo polvoriento donde guardar documentos del pasado medio muertos, ni un disco duro que almacene datos sin alma y carentes por completo de interés por lo que puedan contener. La memoria es una viva cadena de transmisión que permite vivir en el presente todo lo que ha sido riqueza y patrimonio del pasado. Dante Alighieri o Fiódor Dostoievski, Johann S. Bach o Rembrandt no son piezas de museo de un arte occidental del pasado, sino memoria viva de una cultura universal que ha encontrado el sentido más elevado de su camino de evolución en la fe cristiana. ¿Por qué una cultura tendría que encerrarse y oponerse con su rechazo a semejante conquista si esta ha marcado una etapa de crecimiento objetivo para toda la humanidad? ¿Quizá porque, en un momento en el que las culturas descubren sus propias riquezas de tradición, precisamente gracias a un proceso de globalización, no se impone con más fuerza la capacidad de coordinar las propias riquezas para hacer que se conviertan en patrimonio común para pueblos enteros? ¿Por qué la destrucción de grandes zonas forestales en Brasil tendría que encontrarme despistado solo porque estoy em-

peñado en defender la planta de mi jardín? ¿Por qué tendría que rechazar el Evangelio que ha impreso en la vida de las personas el mayor espacio de libertad para apegarme a los *Dharmashāstra* que me obligan a tener una visión de casta donde el último siempre sufre las mayores humillaciones? Es mejor actuar como la azada en la tierra: remover la tierra cada estación para que siga viva y capaz de acoger la semilla de lo nuevo que le viene ofrecido sin llegar a secarse nunca. No sería posible ofrecer la propia respuesta de fe ni ser productores de riqueza cultural sin la escuela como forma de pertenencia que crea identidad.

Todo esto solo se hará posible si se recupera con fuerza el concepto de *tradición*. La tradición cristiana es en efecto una forma de transmisión que introduce en un proceso más amplio, que genera un conocimiento cada vez más profundo del misterio de Jesucristo. Expresa un recurso del que los creyentes tendrían que hacerse cargo. Esta tradición no significa solo la referencia a una historia bimilenaria que nos pertenece en lo bueno y en lo malo. Indica más bien la participación directa en una transmisión viva de la fe que da a conocer el amor de Dios. La plenitud infinita de este amor revelado no puede crecer más tras el apogeo alcanzado por Jesucristo, sino solo irradiarse sin fin en los que aún no lo conocen en todo el mundo. Los cristianos tendrían que recuperar en este momento la memoria perenne del acontecimiento salvífico del que son responsables en el mundo y, dentro de esta circunstancia, repensar el papel de su participación en la misión evangelizadora de la Iglesia. Cada acción de los cristianos, por ser obra en la sociedad, la política y la cultura, lleva consigo la característica de ser anuncio del Evangelio que *salva*. La recuperación del sentido de la tradición y de su valor para el futuro es por tanto un camino que hay que recorrer. No es sencillo, porque exige un esfuerzo de originalidad y un acentuado espesor especulativo y, sobre todo, un acto con el cual se tome conciencia de su validez y una decisión de volver a proponerla como cargada de sentido para el futuro.

La verdad cristiana conservada en la Palabra de Dios que nos ha sido confiada es como el maná en el desierto para los judíos: no puede ser conservada porque se enmohece. En cambio, tiene que ser recogida cada día como un don que viene de lo alto.

Si transmitir equivale solo a conservar sin pensar, entonces me temo que no estamos en la correcta relación con la verdad cristiana y mucho menos con el sentido de la tradición viva que ha sido reservado desde los orígenes y la *Dei Verbum* volvió a proponer. Como escribía Hans Urs von Balthasar en los años anteriores al Vaticano II:

Honrar la tradición no exime del deber de recomenzar todo y siempre desde el principio: no desde santo Tomás o desde Newman, sino desde Cristo. A los grandes de la historia cristiana de la salvación se les honra haciendo hoy lo que ellos hicieron entonces y lo que habrían hecho si vivieran hoy (*Abbatere i bastioni*, Turín 1966, 46).

Es verdaderamente así. Para entrar en los meandros de la verdad cristiana, es necesario la valentía y la audacia para intentar abrir nuevos caminos nunca explorados. Por eso, algunos podrían ser presa del miedo. Cuando estas cualidades disminuyen, nos refugiamos en la repetitividad de lo que ya se ha adquirido como antídoto contra el miedo a lo nuevo, con el gran riesgo de empobrecer el Evangelio y ser víctimas de la apatía.

